

CRÓNICA URBANA

ÁLVARO SIZA EN GRANADA

Argumentos de una arquitectura actual para una ciudad histórica

*Juan Domingo Santos

Hay ciudades que, persuadidas por una equivocada valoración de su pasado arquitectónico, adoptan actitudes inflexibles como medio para salvaguardar aquella imagen heredada que, en un momento dado de su acontecer, las hizo singulares y famosas. De este modo hipotecan su futuro trascendiendo épocas, tendencias y estilos, y destruyendo con su apariencia fosilizada la noción evolutiva de su historia.

Otras, por el contrario, optan por la transformación, adaptándose a las exigencias de los nuevos tiempos, de los nuevos usos, de las nuevas costumbres de sus habitantes; añaden a su antigua fisonomía originales trazados, incorporan coyunturales diseños, alterando, poco a poco, los perfiles que un día las caracterizaron.

El caso concreto de Granada

constituye el escenario donde la dialéctica de estas dos posiciones antagónicas evidencia un permanente enfrentamiento entre lo que podríamos llamar "conservadurismo a ultranza" frente a una "planificada evolución"; este hecho condiciona, cuando no obstaculiza, el desarrollo natural de su crecimiento urbano.

Esta situación, sin embargo, no es exclusiva. Prácticamente todas las ciudades -en el caso de las denominadas históricas, sin excepción- adolecen de graves problemas de consenso en lo que hace al modo de intervenir sobre ellas, produciéndose una inquietud general, tanto mayor cuanto más difícil es decidir con claridad aquello que hay que hacer para conservarlas a la vez que incorporarlas al discurso urbanístico de los nuevos tiempos.

Entre los ciudadanos, este con-

flictivo panorama no ha pasado inadvertido; antes bien, lo contrario: la inestabilidad aludida puede apreciarse a través de la indecisión y falta de unanimidad que estos muestran respecto al criterio a adoptar frente a lo que ahora se construye, lo que debe mantenerse o transformarse y el modo en que esto ha de llevarse a cabo. La desconfianza y el temor hacia cualquier transformación o cambio que se opere sobre un área histórica constituyen, por tanto, las actitudes más habituales de sus moradores.

Este rechazo permanente nos conduce a pensar que toda intervención que haya de realizarse sobre un ámbito de estas características no sólo consiste en una tarea arquitectónica, intervienen otras más inspiradoras por humanas que no dejan marca física en el lugar: Los

hombres permanecen ligados a edificios, calles y plazas, siendo capaces de conservar, aun después de desaparecidos, el recuerdo de esos entornos y lugares queridos.

Esta lógica posición "nostálgica" frente a las transformaciones que se realizan sobre la ciudad encuentra su verdadero conflicto en el momento en que ha de afrontarse la problemática de la ciudad antigua y sus relaciones con la moderna; es decir, en el momento en que hay que decidir qué debe entenderse por conservación, allí donde ésta constituya una elección justificada.

La creencia generalizada de que la estética de una ciudad se fundamenta en la homogeneidad del trazado de sus arquitecturas, en la continuidad de sus estilos ornamentales o en la rigurosa aplicación de una doctrina formal concreta, contrasta con el carácter fragmentario y polifacético que ofrecen nuestras ciudades. Las numerosas intervenciones realizadas durante siglos han supuesto transformaciones, mutilaciones, mezclas o superposiciones de culturas de la más variada procedencia; pero, a su vez, en un sano proceso de mestizaje, las han dotado de la impronta y el carácter con el que hoy son conocidas y con el que, en ocasiones, nos cautivan.

Recordemos, por ejemplo, la urbanización y las arquitecturas diversas de la plaza de San Marcos de Venecia: su maravilloso trazado no es el resultado de la unidad de estilos, puesto que en ella los hay de muy distinto orden e incluso contrapuestos entre sí, sino la consecuencia de haber sido construida a través de los tiempos con la sensibilidad más responsable y exquisita que caracteriza cada época y momento. En efecto, si las sucesivas transformaciones sobre el perfil arquitectónico de una ciudad se efectúan con un intencionado criterio, valoración del medio, respeto a los valores patrimoniales, sentido de la medida y del equilibrio, propiciándose en todo momento la relación entre elementos de la ciudad, pronto las nuevas arquitecturas lograrán incorporarse, sin dificultad, al patrimonio sentimental de sus habitantes y al imaginario colectivo de los que las recorren; pues a la



ciudad la construyen el tiempo y las circunstancias que en cada momento sobre ella gravitan.

Yo afirmo, escribía Borges en una de las notas de su relato Palermo de Buenos Aires, ...que solamente los países nuevos tienen pasado; es decir, recuerdo autobiográfico de él; es decir, tienen historia viva. Si el tiempo es sucesión, debemos reconocer que donde densidad mayor hay de hechos, más tiempo corre y que el más caudaloso es el de éste inconsecuente lado del mundo... ¿a qué traer destinos ya muertos? Yo no he sentido el liviano tiempo en Granada, a la sombra de torres cientos de veces más antiguas que las higueras, y sí en Pampa y Triunvirato: insípido lugar de tejas anglizantes ahora, de hornos humosos...

Recientemente, una viva polémica se ha suscitado en la ciudad de Granada en torno a la intervención que en su centro histórico realiza el prestigioso arquitecto portugués, premio Pritzker de arquitectura, Alvaro Siza Vieira.

El acontecimiento, por la singularidad del enclave, se ha convertido en el foro propicio para debatir aspectos de orden muy dispar: desde los relacionados con el paisaje hasta aquellos de tipo urbanístico-arquitectónico, pasando por los "nostálgicos" e incluso otros de contenido político. En cualquier caso, la ocasión ha permitido la confrontación de ideas acerca de las posibles soluciones a problemas arquitectónicos de la ciudad a partir de una alternativa de cualificado valor arquitectónico.

Es evidente que en las ciudades, ante intervenciones de semejante importancia, con frecuencia se suscita una controversia inmediata entre la tradición mal entendida y la renovación, entre lo nuevo y lo antiguo. El proceso puede derivar, si está mal planteado, en una historia de nunca acabar, dándose cita indeseada conflictos o desvaríos que sólo sirven para perturbar la situación, jamás para aportar ecuanimidad o buen juicio estético. Felizmente, lo que en un principio comenzó por apuntar hacia una demagogia más sin sentido parece haber derivado en un debate cultural más amplio y enriquecedor para

los intereses de una ciudad que en la actualidad carece de las soluciones adecuadas para el casco histórico y del patrimonio arquitectónico contemporáneo deseable.

En concreto, la intervención que realiza el arquitecto Siza tiene como objetivo resolver el remate de una manzana con fachada a una amplia plaza, en la que numerosas construcciones recientes junto a otras anteriores del XIX conviven en un contexto de una ciudad inacabada en este frente. La propuesta arquitectónica que Siza plantea, pretende, por tanto, tejer la ciudad desgarrada, actuando para ello sobre tres edificaciones existentes con características dispares. La primera de ellas es una hermosa casa patio de la zona perteneciente al siglo XIX. La segunda, situada en el centro, es una construcción reciente de cuatro plantas. Y, finalmente, la más representativa de las tres, por ofrecer fachada al espacio público, es una casa del XIX, remozada a lo largo de este siglo y conocida con el nombre de Hotel Zaida.

Pero vayamos al fondo de la cuestión. Entre los numerosos interrogantes a los que el proyecto de Siza ha tenido que dar respuesta, tres de ellos destacan especialmente por haber sido el objetivo del debate ciudadano y motivo de intranquilidad para algunos: en primer lugar, la conveniencia de conservar las arquitecturas existentes; en segundo, de qué manera se produce el diálogo que el nuevo edificio de Siza establece con la ciudad; y, finalmente, la posibilidad de que la futura construcción obstaculice con su silueta las vistas panorámicas del perfil montañoso de Sierra Nevada que se divisan desde la ciudad.

Vayamos ahora por partes e intentemos clarificar uno a uno estos pormenores a través de la lectura atenta del proyecto y de la sensibilidad que anima a su autor.

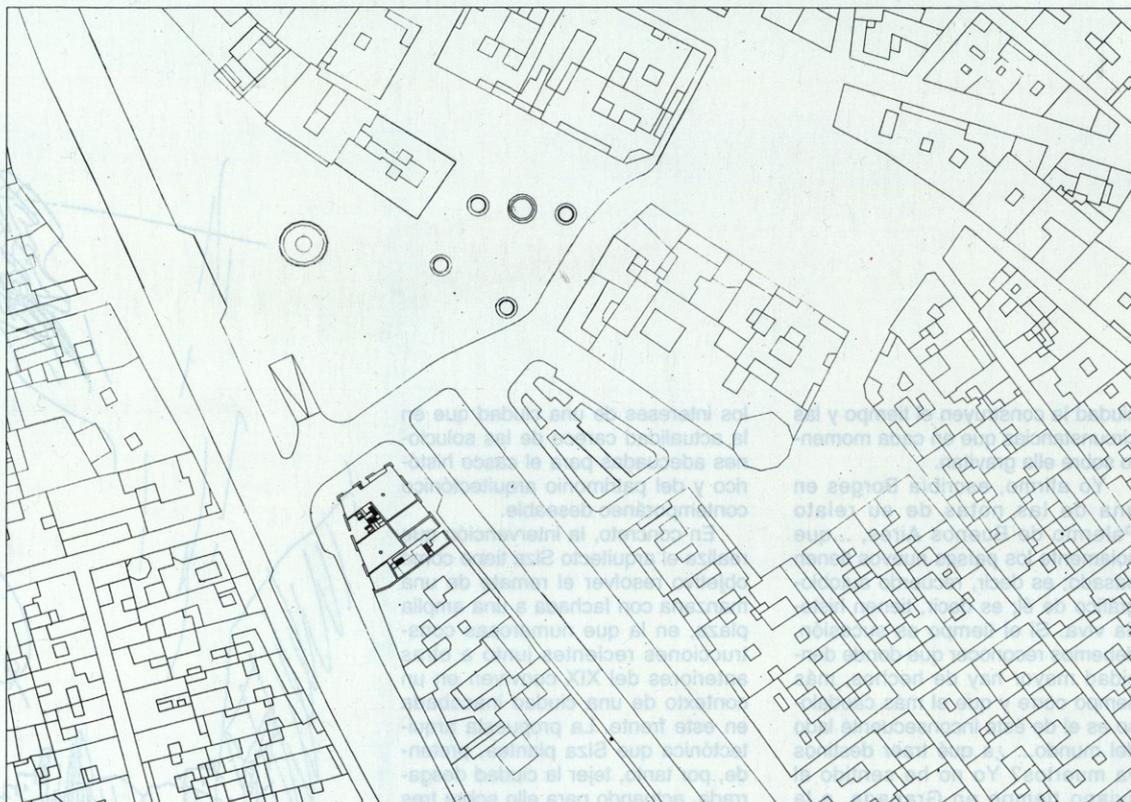
La edificación sobre la que se sitúa el antiguo Hotel Zaida es una construcción del siglo XIX emplazada en el barrio de la Virgen, concretamente en el extremo más avanzado de una estrecha y alargada manzana, entre el paseo construido por los franceses y el curso del río Darro. Esta parte de la ciudad, por el conocimiento que poseemos de



fuentes históricas y las imágenes que nos quedan de su etapa decimonónica, se peculiarizaba por el tratamiento doméstico de sus arquitecturas (configuradas según la tradicional tipología de la casa patio de dos o tres plantas de altura, con torreón en la superior, cubierta inclinada de teja y empleo de materiales al uso... etcétera), donde sólo ciertos edificios -como la iglesia de la Virgen, por la específica función que representa- alteraban esta continuidad urbana.

Pues bien; en este homogéneo entramado, como una pieza más del puzzle, se insertaba la construcción del edificio Zaida; su estratégica posición sobre el arenal del río, junto al puente Castañeda, es el matiz más significativo que lo singulariza del resto. De esta imagen del XIX, e incluso de otras correspondientes a la primera mitad de nuestro siglo, ya sólo quedan en el lugar restos de un naufragio, recuerdos que atesora la memoria de un tiempo anterior. Las continuas transformaciones que se han sucedido durante las tres últimas décadas han supuesto una nueva fisonomía para esta parte de la ciudad con la pertinente modificación de escala, proporción y medi-

Plano de situación.



da, conforme se la venía conociendo hasta entonces. Otros tiempos, otras costumbres, que la ciudad de finales del XX ha incorporado mediante un nuevo trazado, que no sólo afecta a lo arquitectónico (sustitución de la tradicional tipología casa patio por grandes bloques de seis, siete y hasta ocho plantas de altura), sino también a lo urbanístico, al haberse producido una alteración de la morfología de este ámbito con el embovedado del río y la reciente ordenación de la plaza construida en las inmediaciones.

El resultado final es el que hoy conocemos: una edificación que se encuentra desarraigada de su entorno original, sin el cual carece de la dimensión urbana e histórica que lo justifiquen. Lo significativo del antiguo Hotel Zaida no lo hallaremos nunca en las cualidades de su arquitectura, sino en que ésta pertenecía a un tejido urbano consolidado y homogéneo, hoy desaparecido. En este sentido, la conservación del edificio con sus muros, cubiertas y ventanas supondría la acumulación indiscriminada de fragmentos pertenecientes a un tiempo pasado, una especie de arqueología carente de la más mínima intención cultural por cuanto se estaría preservando lo anecdótico sin la suficiente reflexión que el asunto requiere.

Es notorio que la ciudad histórica y las partes que la componen pueden llegar a entrar en crisis, bien porque el ambiente o, como ocurre en el caso del Zaida, ciertas situaciones no pueden llegar a sustentarse de manera artificial: La historia de nuestras ciudades nos muestra

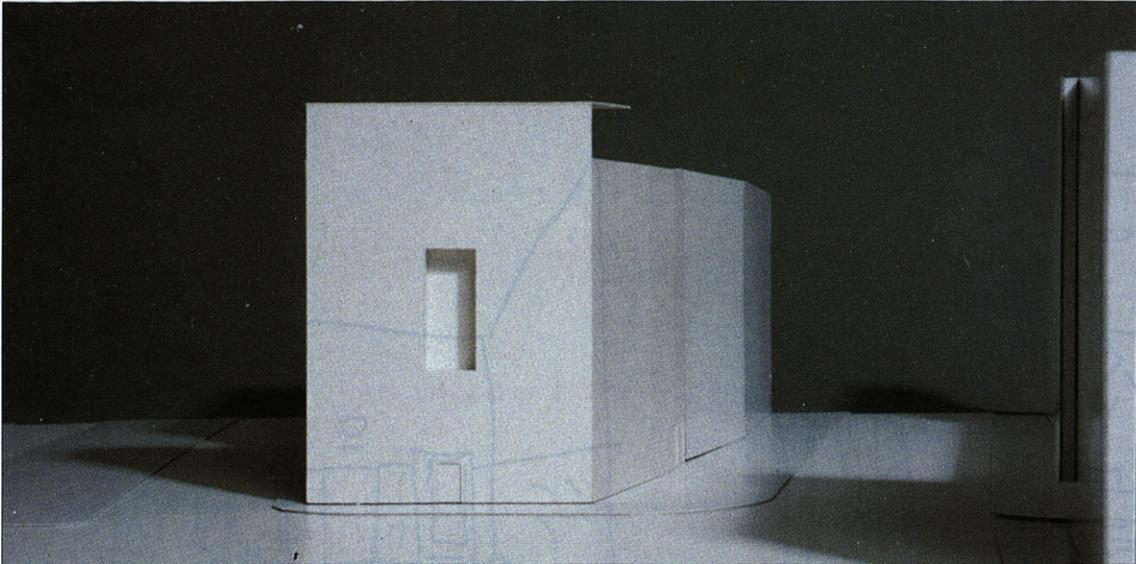
que éstas experimentan una dinámica de transformación permanente; si este proceso se acelera o, por el contrario, se ralentiza, sobreviene el desastre. Hay que respetar, por tanto, esa fuerza de cambio que posee la ciudad, porque acostumbra siempre a ser coherente y lógica. No hay nada peor que pretender decir más de lo que demandan las propias circunstancias. Con estas palabras, A. Siza desvela su actitud ante la dinámica transformadora que se produce sobre la ciudad, argumentando que los nuevos cambios deberán nacer siempre de las exigencias impuestas por su propio devenir: En mi obra no hay caprichos. Observándola, puede verse entrega y un constante espíritu crítico.

La complejidad del panorama urbano sobre el que trabaja ha facilitado el compromiso que Siza siempre entabla con las ambigüedades, las transiciones y los problemas de contorno, sensibilizándose especialmente ante los matices y los rasgos más propios del medio. Conforme a esta lógica, el edificio que Siza propone responde con claridad a los problemas de distinto orden que la ciudad ofrece en este punto, mostrando que las posibilidades del proyecto no se encuentran en su autonomía; más bien, lo contrario: resulta necesaria la incorporación de aspectos vinculados al lugar como forma de aproximación al problema. El proyecto responde a varios objetivos contradictorios, como ocurre siempre en arquitectura. Por un lado, dialogar con las construcciones modernas mediante

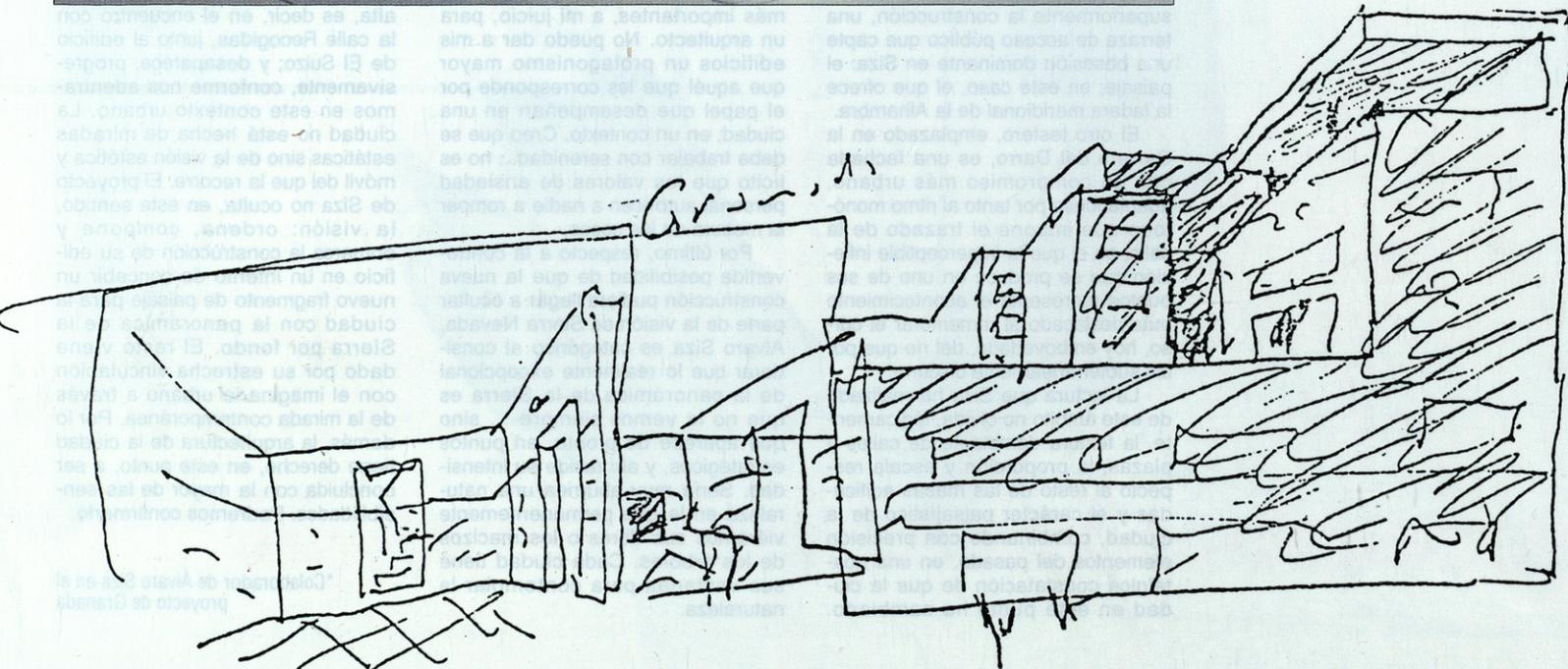
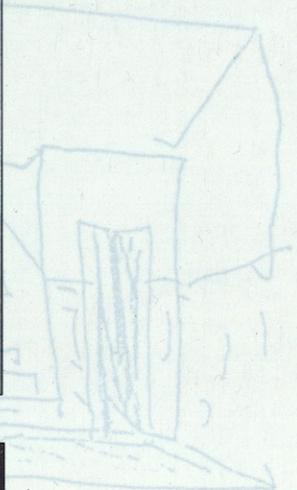
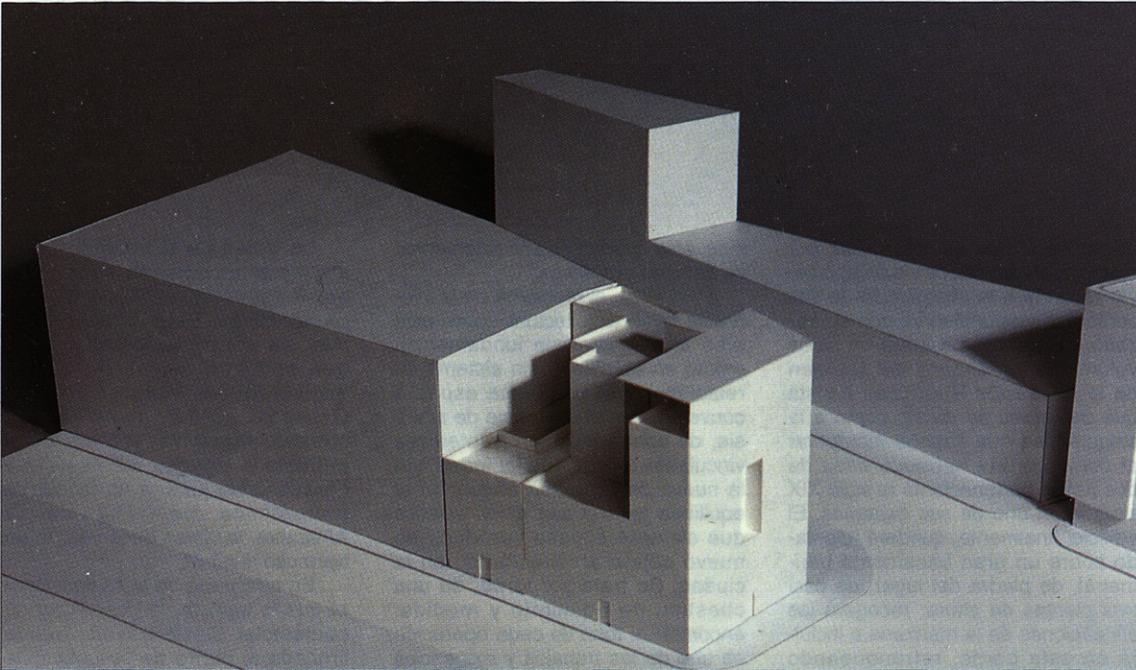
las proporciones y escalas más convenientes; luego, rescatar entre las tres edificaciones existentes una casa tradicional con dos patios y, por último, aprovechar la vista bellísima del Carmen de la Fundación Rodríguez-Acosta, comenta el arquitecto, destacando ciertos rasgos convertidos en argumentos de la intervención.

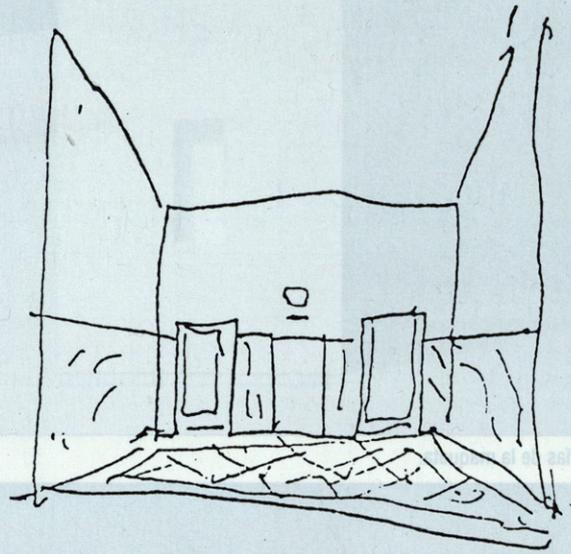
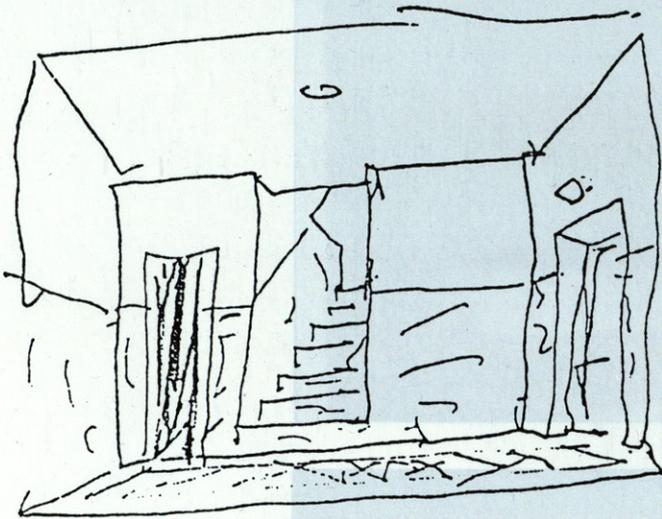
Algo más al respecto. El nuevo edificio, con un programa análogo al de otros muchos situados en las inmediaciones (comercial y entidad bancaria en planta baja, así como otros de tipo administrativo y residencial en las superiores), es un gran volumen que se alinea en altura con el resto de las edificaciones de la manzana, excepto en su testero principal que remata, de manera elegante, mediante una pieza de coronación quebrada, al modo como lo hacen otros edificios ya clásicos que ocupan esquina en esta parte de la ciudad; establece con su presencia una especie de diálogo con el fronterizo del XIX, y esculpe, a su vez, incidentes individuales en lugares estratégicos del mismo: el gran hueco rectangular de tres plantas de altura, rehundido en la majestuosa fachada sobre la plaza, es el gesto que va a permitir entender ésta como un gran escenario desde el que se divisa el panorama urbano, sus edificios y las personas que por allí pasean, deleitando al que lo contemple con una nueva perspectiva enmarcada de la ciudad.

De diferente carácter, los otros dos testeros laterales entablarán diálogo con el entorno urbano tan



Fotografías de la maqueta.





dispar en el que se alzan. Así, por ejemplo, el que ofrece visión al bulvar recurrirá a la abstracción de sus contornos respondiendo, con su trazado fragmentario e irregular, a los volúmenes ordenados del Carmen de la Fundación Rodríguez-Acosta que desde allí se divisa, como a la singularidad que supone incorporar al conjunto una hermosa casa de dos patios perteneciente al siglo XIX situada en uno de sus extremos. El edificio, finalmente, quedará asentado sobre un gran basamento perimetral, de piedra del lugar, de casi tres plantas de altura; recogerá las alineaciones de la manzana e incluirá en este borde, retranqueando superiormente la construcción, una terraza de acceso público que capte una obsesión dominante en Siza: el paisaje; en este caso, el que ofrece la ladera meridional de la Alhambra.

El otro testero, emplazado en la Carrera del Darro, es una fachada con un compromiso más urbano, adaptándose por tanto al ritmo monótono que impone el trazado de la calle, en el que la imperceptible inflexión que se produce en uno de sus puntos representa el acontecimiento más destacado al rememorar el curso, hoy embovedado, del río que por allí subterráneamente discurre.

La lectura que Siza ha realizado de este ámbito no olvida, lógicamente, la textura dominante de calles y plazas, la proporción y escala respecto al resto de las masas edificadas y el carácter paisajístico de la ciudad, combinando con precisión elementos del pasado, en una nostálgica constatación de que la ciudad en este punto ha cambiado.

Hoy, sólo quedan de ella fragmentos de tiempos anteriores.

Para Siza, el problema de la injerencia de la arquitectura sobre esta área urbana consiste fundamentalmente en establecer un sistema de relaciones. Su propuesta aspira a convertirse en una especie de síntesis, de compromisos, de intereses vinculados al lugar, de tal forma que la nueva construcción encuentre el equilibrio justo a esa difícil estética que siempre supone introducir un nuevo objeto arquitectónico en la ciudad. Se trata por tanto, de una cuestión de equilibrio y medida: encontrar el tono de cada operación es uno de los trabajos y exigencias más importantes, a mi juicio, para un arquitecto. No puedo dar a mis edificios un protagonismo mayor que aquél que les corresponde por el papel que desempeñan en una ciudad, en un contexto. Creo que se debe trabajar con serenidad... no es lícito que los valores de ansiedad personal autoricen a nadie a romper la medida de las cosas.

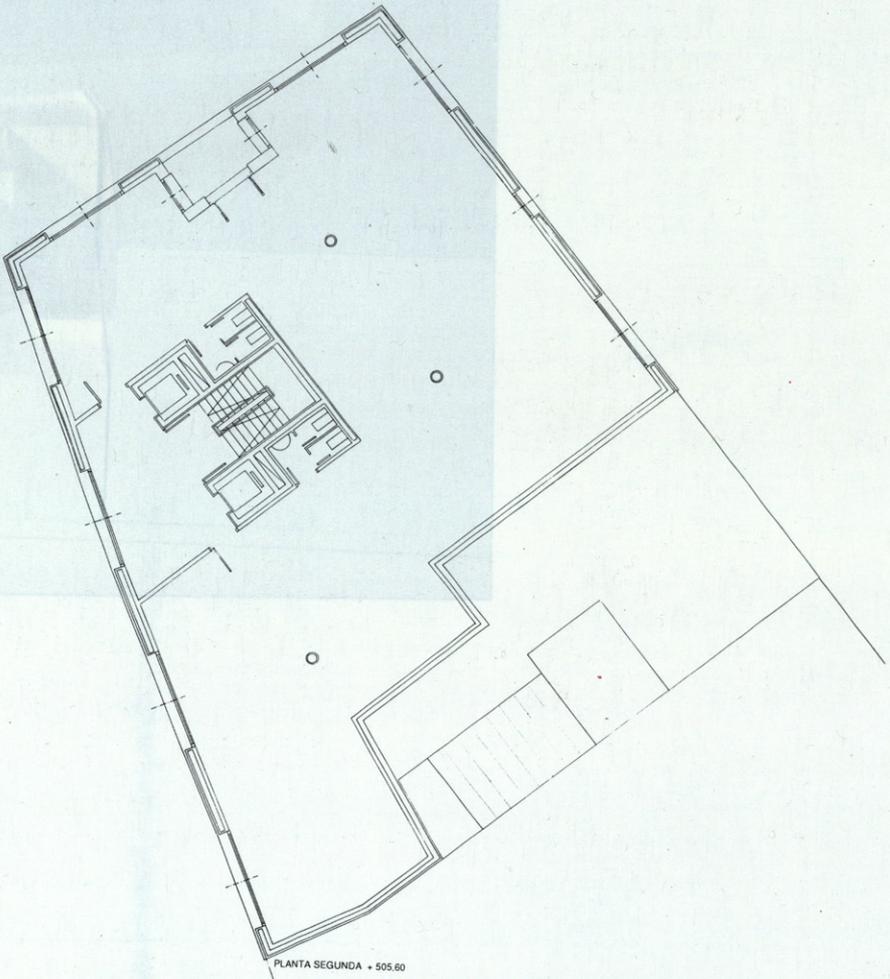
Por último, respecto a la controvertida posibilidad de que la nueva construcción pudiera llegar a ocultar parte de la visión de Sierra Nevada, Alvaro Siza es categórico al considerar que lo realmente excepcional de la panorámica de la Sierra es que no la vemos siempre... sino que aparece de pronto, en puntos estratégicos, y ahí reside su intensidad. Sería muy aburrida una naturaleza en la que permanentemente viéramos sus flores o los macizos de los árboles. Cada ciudad tiene sus ventanas para contemplar la naturaleza.

La visión de la ciudad que el arquitecto propone no es la de la contemplación estática de sus perspectivas. Este parecer, además, es una de las características que podemos encontrar en las arquitecturas más ricas de Granada. ¿Quién no se ha sorprendido alguna vez recorriendo el entramado sinuoso del Albaicín y descubriendo junto a un recodo la panorámica bellísima de la Alhambra, la visión de la vega o un hermoso rincón?

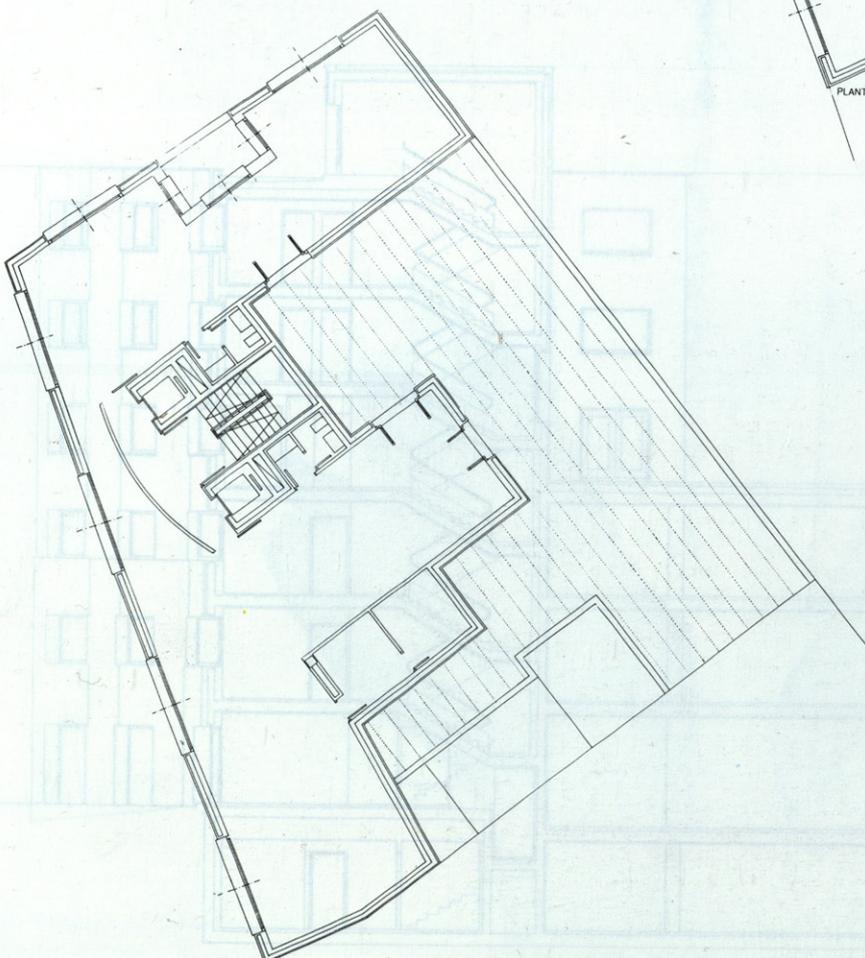
En esta parte de la ciudad, para el que la transita, la posibilidad de contemplar Sierra Nevada queda limitada al punto de su cota más alta, es decir, en el encuentro con la calle Recogidas, junto al edificio de El Suizo; y desaparece, progresivamente, conforme nos adentramos en este contexto urbano. La ciudad no está hecha de miradas estáticas sino de la visión estética y móvil del que la recorre. El proyecto de Siza no oculta, en este sentido, la visión: ordena, compone y enmarca la construcción de su edificio en un intento de concebir un nuevo fragmento de paisaje para la ciudad con la panorámica de la Sierra por fondo. El resto viene dado por su estrecha vinculación con el imaginario urbano a través de la mirada contemporánea. Por lo demás, la arquitectura de la ciudad tiene derecho, en este punto, a ser concluida con la mayor de las sensibilidades. Podremos confirmarlo.

*Colaborador de Álvaro Siza en el proyecto de Granada

Planta de acceso y tercera.



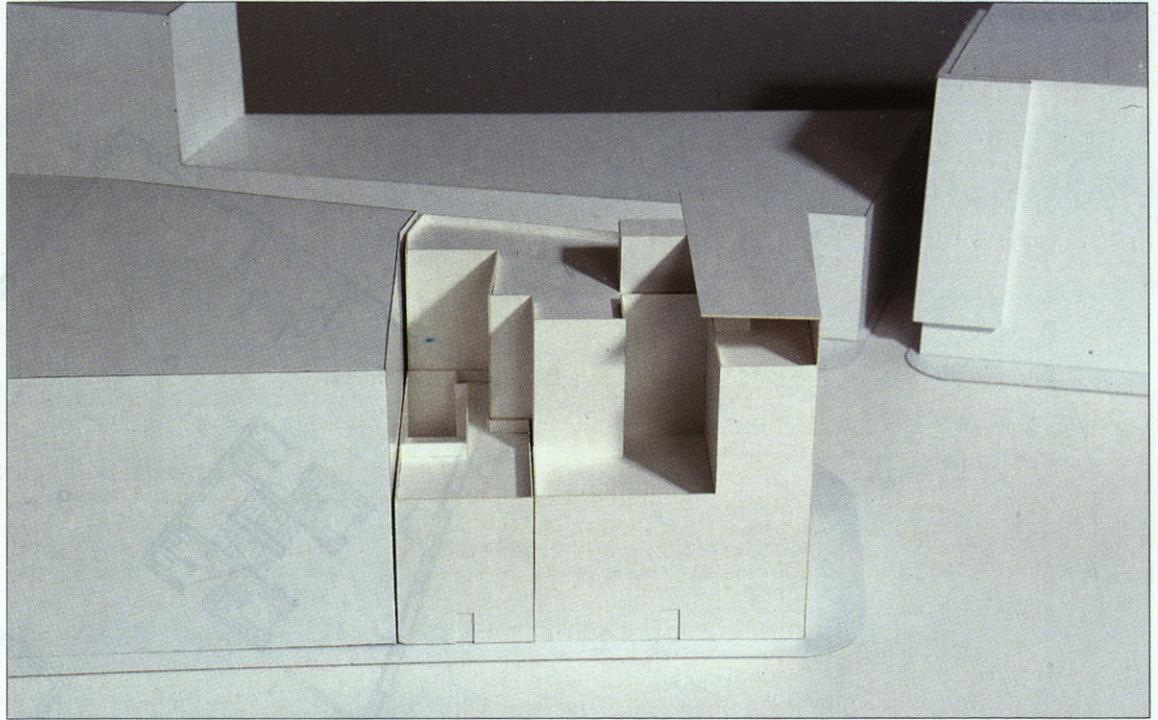
PLANTA SEGUNDA + 505.60



PLANTA TERCERA + 508.60

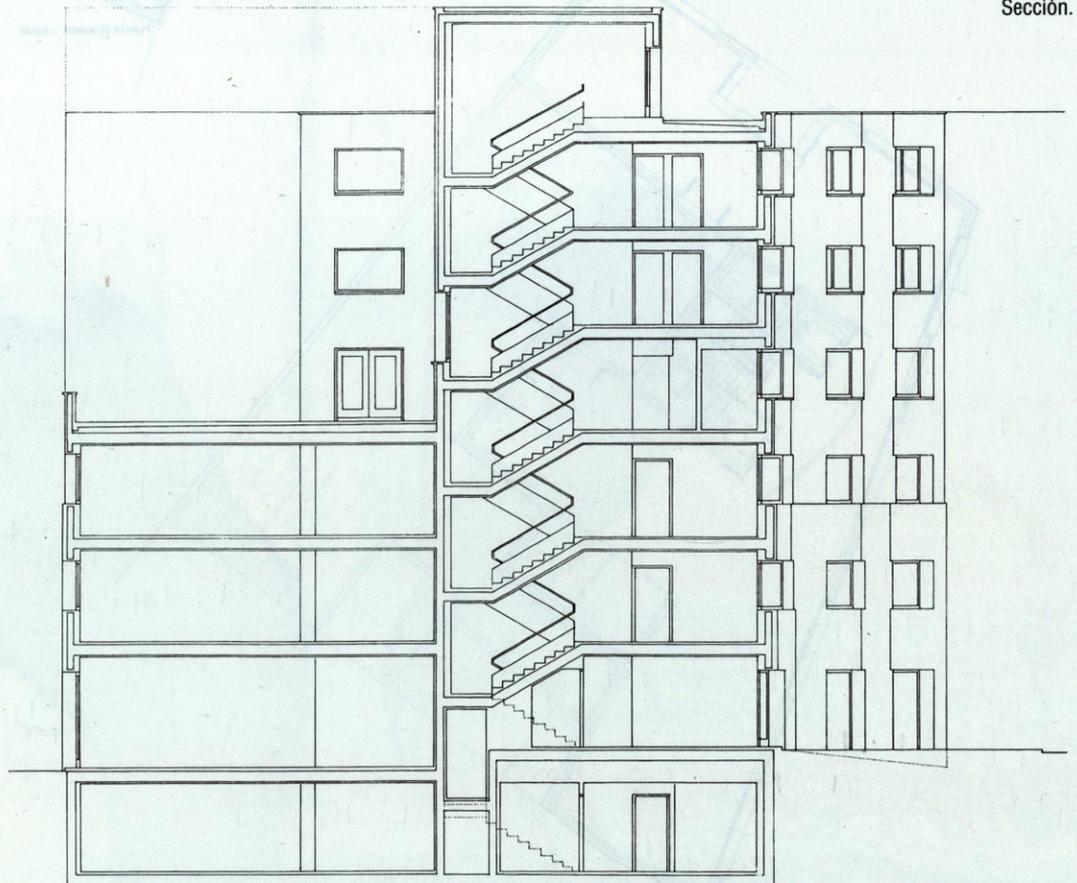
Fotografía de maquetas

Sección



Fotografía de la maqueta.

Sección.



SECCION TRANSVERSAL